



Vicisitudes de un clásico

Adrián Gorelik

CONICET / Centro de Historia Intelectual
Universidad Nacional de Quilmes
adrian.gorelik@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-9198-7597>

Recibido: 02/03/2026
Aceptado: 15/03/2026

Resumen:

El trabajo se escribió originalmente como prólogo a la edición de *La ciudad letrada* que realizó una editorial catalana en el 40° aniversario de su primera edición, en 2024. Con el auxilio del archivo del escritor que ha organizado su hija, Amparo Rama, en Montevideo, y de algunas investigaciones realizadas en él, muy especialmente la tesis doctoral de Facundo Gómez de 2019 en la Universidad de Buenos Aires, en el texto se buscó precisar una serie de cuestiones concernientes a la producción del libro que seguían siendo oscuras (hay que recordar que Rama murió trágicamente sin verlo publicado y que seguía siendo controvertido si lo había dejado terminado o no, cuestión que ninguna de las varias ediciones anteriores siquiera mencionaban). Y uno de los aportes posiblemente más novedoso de esa edición, gracias al trabajo de archivo, fue recuperar el subtítulo que Rama había decidido para el libro según consta en la portada de la versión mecanografiada existente en el Archivo: *La ciudad letrada. Un ensayo*. Más allá de esas cuestiones muy básicas de conocimiento del libro y de su producción editorial, la impronta del texto está dada por la voluntad de colocar, al libro y a su autor, en un debate un poco más amplio del de la crítica literaria latinoamericana, dentro del cual ha sido habitualmente analizado. El análisis aquí está centrado en el lugar de ambos dentro de la construcción de un pensamiento cultural urbano que se estaba configurando a comienzos de la década de 1980 con los trabajos de dos figuras muy conectadas con Rama: Richard Morse y José Luis Romero.

Palabras clave: Ángel Rama, ciudad letrada, cultura urbana latinoamericana, estudios culturales.

Vicissitudes of a Classic

Abstract:

The text was originally written as a foreword to the edition of *The Lettered City* published by a Catalan publishing house on the 40th anniversary of its first edition, in 2024. With the help of the writer's archive, organized by his daughter, Amparo Rama, in Montevideo, and based on research conducted there —particularly Facundo Gómez's 2019 doctoral thesis at the University of Buenos Aires— the text sought to clarify a series of issues concerning the book's production that remained unclear (it should be remembered that Rama died tragically without seeing it published and that it remained controversial whether he had left it finished or not, issue that none of the various previous editions even mentioned). One of the possibly most innovative contributions of this edition, thanks to archival work, was the recovery of the subtitle that Rama had chosen for the book, as recorded on the cover of the typewritten version held in the Archive: *The Lettered City. An Essay*. Beyond these very

basic questions of knowledge about the book, the text's focus stems from the desire to place the book and its author within a broader debate than that of Latin American literary criticism, within which it has typically been analyzed. The analysis here focuses on the place of both within the construction of an urban cultural thought that was taking shape in the early 1980s through the works of two figures closely connected to Rama: Richard Morse and José Luis Romero.

Keywords: Ángel Rama, literate city, Latin American urban culture, cultural studies.

Vicissitudes de um clássico

Resumo:

A obra foi originalmente escrita como um prólogo para a edição de *La ciudad letrada* (A Cidade Letrada), publicada por uma editora catalã no 40º aniversário de sua primeira edição, em 2024. Com o auxílio do arquivo do escritor, organizado por sua filha, Amparo Rama, em Montevideú, e de algumas pesquisas realizadas no mesmo local, especialmente a tese de doutorado de Facundo Gómez, de 2019, na Universidade de Buenos Aires, o texto buscou esclarecer uma série de questões obscuras sobre a produção do livro (vale lembrar que Rama faleceu tragicamente sem vê-lo publicado, e permanecia controverso se ele o havia terminado ou não, um ponto que nenhuma das edições anteriores sequer mencionou). E talvez uma das contribuições mais inéditas dessa edição, graças ao trabalho de arquivo, tenha sido a recuperação do subtítulo escolhido por Rama para o livro, conforme registrado na capa da versão datilografada guardada no Arquivo: *La ciudad letrada. Un ensayo* (A Cidade Letrada. Um Ensaio). Para além dessas questões básicas de conhecimento sobre o livro e sua história de publicação, a característica definidora do texto é a intenção de inserir o livro e seu autor em um debate mais amplo do que o da crítica literária latino-americana, dentro do qual ele tem sido tipicamente analisado. A análise aqui se concentra no lugar de ambos na construção de um pensamento cultural urbano que se consolidava no início da década de 1980 com a obra de duas figuras intimamente ligadas a Rama: Richard Morse e José Luis Romero.

Palavras-chave: Ángel Rama, cidade letrada, cultura urbana latino-americana, estudos culturais.

Ángel Rama es una de las figuras más relevantes de las letras y la cultura latinoamericana de la segunda mitad del siglo xx; uno de los contados casos, por cierto, a quien el atributo *latinoamericano* se puede adjudicar con rigor. No solo porque en su obra como crítico abordó autores y temas de todo el continente, o porque como editor y gestor cultural dio cuerpo a iniciativas como la Biblioteca Ayacucho —que desde Caracas organizó un acervo monumental de clásicos de la literatura y el pensamiento de la región—, sino también porque, al decir de Claudia Gilman, fue «el gran tejedor de la red latinoamericana de intelectuales» (2011, p. 66), cuya conformación marcó los años sesenta, el momento en que la aspiración a una cultura latinoamericana logró una extendida urdimbre continental y su mayor impacto mundial.¹

Nacido en 1926, Rama fue miembro de una generación de escritores de especial brillo en la cultura uruguaya, que orbitó en torno a la revista *Marcha* desde la segunda mitad de la década de 1940. Es decir, la revista y la generación que, desde el rincón austral del continente, anticiparon la inclinación latinoamericana de la política y la cultura que la Revolución cubana y el llamado *boom* de la narrativa iban a volver moneda corriente (Espeche, 2010). Desde la llegada de la dictadura a su país, en 1973, tuvo que vivir como exiliado. Encontró refugio primero en Caracas, donde estaba dando un curso en el momento del golpe militar y permaneció realizando actividades universitarias y editoriales hasta finales de la década. Luego en Washington, cuando se integró como profesor al Departamento de Español de la Universidad de Maryland. Y, finalmente, en París, cuando se le negó la visa de residencia en Estados Unidos en el marco de una campaña de acusaciones de un macartismo trasnochado y kafkiano, una expulsión que vivió como un nuevo desgarró, una suerte de segundo exilio.

¹ El modo en que se armó y funcionó esa red intelectual lo mostró Gilman en *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2003), un libro ineludible.

A un año de esa nueva mudanza, en noviembre de 1983, cuando apenas comenzaba a aclimatarse, ocurrió el accidente aéreo en el que perdió la vida: viajaba a un congreso en Bogotá con su compañera, la crítica e historiadora del arte Marta Traba, y con los escritores Jorge Ibarguengoitia y Manuel Scorza, que tampoco sobrevivieron a la caída del avión a punto de hacer escala en Madrid. Rama tenía 57 años y ya no iba a poder asistir a la recuperación de la democracia en Uruguay ni volver a su Montevideo natal.

Esos largos años de exilio influyeron en su concepción del continente. Es cierto que su latinoamericanismo era más temprano, y también que había sido reforzado y recompaginado por la Revolución cubana, con la que mantuvo una relación tan intensa como ambivalente (fue uno de los más influyentes intelectuales en la definición de la política cultural que hizo de Cuba un faro continental en los años sesenta, pero su adhesión se deterioró irreversiblemente a partir de 1968 por la creciente soviétización de la isla, que tuvo su caso célebre en el proceso al poeta Heberto Padilla); asimismo, a comienzos de los años setenta pasó largas temporadas como profesor visitante en Puerto Rico, y a esa altura ya había conocido las principales ciudades del continente como invitado a dictar cursos y conferencias. Sin embargo, a Rama debe aplicarse el principio tan habitual en la historia de América Latina que él mismo se ocupó de presentar en «La riesgosa navegación del escritor exiliado»: un principio «que se ha formulado de manera paradójica y burlona, poniendo a la cuenta de los dictadores la aceleración del intercambio y de la unidad latinoamericana tantas veces rubricada en el papel y tan poco en la realidad misma» (Rama, 1978, p. 100). Su destierro le permitió conocer desde adentro una sociedad tan diferente a la uruguaya como la venezolana y el particular mundo del latinoamericanismo norteamericano. Pero mucho antes, incluso, a partir del golpe militar en Brasil en 1964, el exilio de Darcy Ribeiro en Montevideo favoreció una productiva relación que, sumada al largo nexo intelectual y afectivo con Antonio Candido, lo llevaron a ensanchar sus criterios etnográficos y su instrumental de crítica literaria y sociológica, tanto como a impulsar la integración de la literatura y la cultura brasileña en los marcos estrechamente hispanos con que solía pensarse lo latinoamericano. Y si con su propia obra crítica no alcanzara para notarlo, la alta presencia de autores brasileños en la Biblioteca Ayacucho, caso único en este tipo de colecciones, muestra con creces esa apuesta vital de Rama.²

Dentro de su amplia e influyente obra, *La ciudad letrada* ocupa un lugar especial. No es solo su último libro. Es, también, el único de sus libros importantes que se propuso escribir de forma unitaria, ya que los otros surgieron de la organización *a posteriori* de series de textos que habían sido pensados como intervenciones singulares. Y, quizás lo más importante, es el único libro en el que arriesgó una interpretación general de América Latina, para lo cual ensayó un conjunto poderoso de hipótesis sobre la vida intelectual de la región, una visión estilizada solo posible bajo la forma, precisamente, del *ensayo*, como se preocupó de definir desde el subtítulo. Es un libro, por fin, que excedió el interés de los especialistas y, en ese camino, logró convertirse en una referencia fundamental de la literatura del continente, un clásico. Al punto de que «ciudad letrada» se ha vuelto una de las fórmulas más expresivas —y no necesariamente para quienes aprueban las tesis del libro— para hablar tanto del mundo intelectual latinoamericano como de la peculiar cultura urbana moderna de la región.

Un libro póstumo

La ciudad letrada es, además, un libro póstumo, pero no un libro inacabado. Esto es importante aclararlo porque ni su primera edición de 1984, ni ninguna de las que se hicieron después, se ocuparon de precisar las condiciones en que se encontraban el texto y el proceso de edición en el momento de la muerte de Rama.

² Pablo Rocca ha analizado en diversos trabajos la relación de Rama con la cultura brasileña. Ver el prólogo a *Un proyecto latinoamericano. Antonio Candido y Ángel Rama, correspondencia* (2016) y *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: dos caras de un proyecto latinoamericanista* (2006).

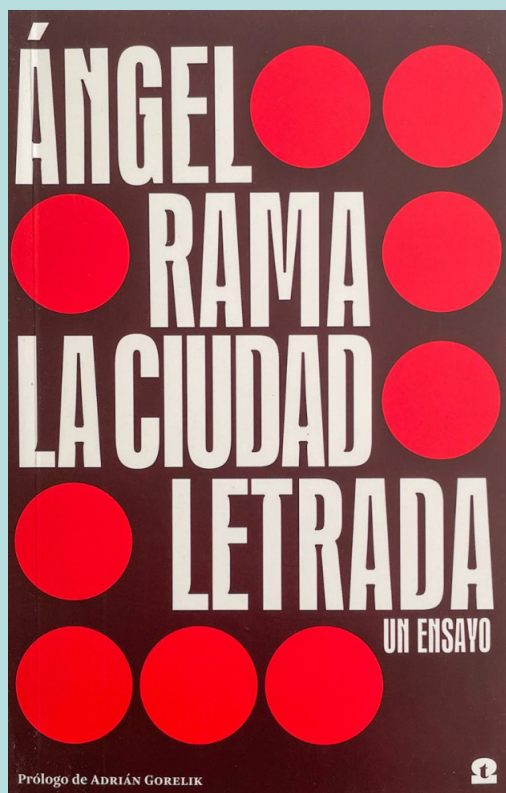


Fig. 1. Edición española de *La ciudad letrada*

En el archivo que su hija Amparo organizó y sostiene en Montevideo hay una versión mecanografiada del libro completo, con anotaciones manuscritas que permiten deducir que lo había dado por terminado.³ Tanto como para haber llegado a incluir el «Agradecimiento» introductorio, una sección que suele definirse al final de la escritura de un libro, y que en este caso debe haber sido especialmente importante para Rama, porque allí se ocupó de describir el proceso de expulsión de los Estados Unidos, con una mención particular al apoyo que había recibido de la comunidad de latinoamericanistas de ese país. Con la información que surge de esa introducción, del *Diario* de Rama y de la rica correspondencia existente en el Archivo (parte de la cual Amparo Rama y Rosario Peyrou publicaron en un volumen esencial para conocerlo y entender el funcionamiento de aquella «red latinoamericana de intelectuales»), es posible reconstruir la gestación del libro.⁴

En una secuencia sucinta, conviene registrar los siguientes pasos. La fórmula «ciudad letrada» fue empleada por primera vez por Rama en una conferencia en Harvard en marzo de 1980.⁵ En octubre del mismo año recibió la propuesta de Richard Morse para participar del VIII Simposio «El proceso de urbanización en las Américas desde sus orígenes hasta nuestros días», que iba a realizarse en 1982 en Manchester, invitación que vio como oportunidad para desarrollar aquella fórmula.⁶ En setiembre de 1981 recibió la oferta de publicar «cualquier libro tuyo nuevo» de parte de Frank Janney, uno de los fundadores de Ediciones del Norte, una pequeña editorial en castellano situada en Hanover, New Hampshire (sede del Dartmouth College, en el que Janney enseñaba); Rama venía apoyando el trabajo de la editorial y le ofreció el texto que había comenzado a

³ Debemos agradecer muy especialmente a Amparo Rama por la disposición para colaborar con nuestras indagaciones y poner todo el archivo reunido a nuestra disposición. Facundo Gómez es el primero que ha dado noticia, en su tesis doctoral, de la existencia de la versión mecanografiada completa del libro en el archivo y, también, el primero que resaltó la importancia del sintagma «Un ensayo» como subtítulo de esa versión, que en esta edición ha sido recuperado por primera vez. Ver Gómez (2019). Vaya también el reconocimiento a Miguel Martínez, quien con gran generosidad proveyó la información que nos puso en la senda del trabajo de Gómez.

⁴ Ver Rama (2001) y Rama (2023).

⁵ En el «Agradecimiento» de *La ciudad letrada* Rama la fecha en octubre de 1980, pero en el *Diario* figura en la entrada del 11 de marzo (Rama, 2001, p. 137).

⁶ Carta de Richard Morse a Ángel Rama, 6 de octubre de 1980, Archivo Rama. Rama le atribuye ese rol a la invitación en el «Agradecimiento» de *La ciudad letrada*.

proyectar.⁷ En setiembre de 1982, en el simposio sobre el proceso de urbanización, que al final no se realizó en Manchester, sino en Stanford (un cambio de sede decidido por los organizadores como repudio a la guerra de las Malvinas que había terminado tres meses atrás), Rama presentó, bajo el título «La ciudad letrada», una versión apenas reducida de los primeros cuatro capítulos del libro, ya con sus títulos definitivos.⁸ Durante todo 1983, el año de la instalación en París, reitera en su correspondencia la ansiedad por terminar «el librito», como lo llama en algunas cartas.⁹ El 19 de setiembre le envía una carta a Janney en la que le asegura que está prácticamente terminado, aunque, le aclara, en una versión mucho más extensa de lo que habían hablado inicialmente: «A las 100 páginas en tu poder, que he corregido y pulido nuevamente, se agregan las que calculo en unas 80 cuando concluya de pasarlas a máquina», y le promete que a fines de octubre se lo mandaría completo.¹⁰ Sin embargo, la carta a Saúl Sosnowski que cierra la edición de la correspondencia, fechada en París apenas tres días antes del vuelo fatal, pone en evidencia que no alcanzó a cumplir esa promesa: «Los viajes me han desquiciado mi plan de trabajo. Y algo también la angustia de la inseguridad que ha comenzado a minarme. Todavía no he podido entregarle a Frank [Janney] los originales del libro que ya tiene anunciado» (Rama, 2023, p. 837).¹¹ El hiato en la información es llenado aquí por Amparo, quien nos cuenta que encontró en el escritorio de París la versión completa que su padre habría dejado preparada antes de emprender el viaje a Bogotá. Ella la recogió y envió a la editorial, y es con base en esa versión que se vino reproduciendo el libro desde entonces.

¿Serían esos los «originales» que esperaba entregarle a Janney? ¿Habría seguido corrigiéndolos de haber podido? Son preguntas legítimas que es imposible responder con certeza. La correspondencia, en cambio, deja menos dudas acerca de su voluntad de cerrar de una buena vez el libro y cumplir con el encargo. El trabajo parecía haber entrado en la cuenta regresiva, ese momento en que el autor comienza a desesperarse por desprenderse de él. Vale la pena volver a insistir en que los cuatro primeros capítulos (bastante más de la mitad del libro) estaban casi listos desde un año atrás. Los primeros tres sobre el período colonial estaban ya completamente definidos; el cuarto, que es el que mayor ampliación sufrió entre la ponencia de 1982 y la versión final, y los dos restantes, escritos desde cero, abordan los siglos independientes, en los que Rama había estado trabajando durante su estadía en Estados Unidos.¹² Sobre uno de los temas principales de esos capítulos, el modernismo, dejó una cantidad de material lo suficientemente elaborado como para que se organizara después de su muerte otro libro que tenía proyectado: *Las máscaras democráticas del modernismo* (1985), con perspectivas muy afines, como veremos, a las de *La ciudad letrada*.

Al mismo tiempo, hay signos inequívocos de un tratamiento diferencial, más apresurado, de los últimos capítulos, siendo especialmente llamativas las anomalías del último: «La ciudad revolucionada». El capítulo comienza anunciando un ciclo que recorre buena parte del siglo xx: desde las dos «revoluciones latinoamericanas» de la primera década —nombre con el que Rama une la Revolución mexicana y las transformaciones emprendidas por José Batlle y Ordoñez en Uruguay— hasta los triunfos de Salvador Allende y del sandinismo en 1970 y 1980, respectivamente. Dentro de ese ciclo distingue, además, un período que llama a acometer unitariamente («como un panel continuado»): el largo medio siglo que va de 1911 hasta la crisis mundial de 1973, un propósito que viene alimentando desde el inicio del capítulo anterior, «La polis se politiza», donde ya había presentado una periodización de dos partes centrales para el siglo xx: el período nacionalista (1911-1930)

⁷ Cartas de Janney del 10 de setiembre de 1981, con la propuesta, y del 7 de octubre de 1981 agradeciendo el ofrecimiento («We would be overwhelmed to receive the manuscript you mention») y enumerando todas las buenas razones para que el libro se publicara en Ediciones del Norte; ambas cartas en el Archivo Rama. Agradezco a Arcadio Díaz Quiñones, que me contó de la amistad de Rama con Janney y de su empeño por colaborar con la editorial.

⁸ Ver Rama (1985b) Conviene señalar, además, como ejemplo del trabajo que venía realizando sobre el tema, que uno de los cursos que dictó en Maryland en 1982 se tituló «La ciudad textualizada: Buenos Aires y Montevideo en 1900» (Blixen y Barros-Lemez, 1986, p. 63).

⁹ Por ejemplo, en cartas a Luis Harss, del 17 de abril de 1983, y a Saúl Sosnowski, del 25 de octubre de 1983 (Rama, 2023, pp. 803).

¹⁰ Carta a Frank Janney del 19 de setiembre de 1983. Archivo Rama.

¹¹ Carta a Saúl Sosnowski del 24 de noviembre de 1983. El vuelo de París a Bogotá, con escala en Madrid, se estrelló en las inmediaciones del aeropuerto de Barajas el 27 de noviembre. Respecto al anuncio de la editorial, en efecto, se había lanzado una entrevista a Rama en video, realizada por Mario Szichman, en la que el libro se daba ya por publicado. La entrevista puede verse en YouTube con el título: «Ángel Rama. Más allá de la ciudad letrada».

¹² En 1979, Rama obtiene una beca de un año del Programa Latinoamericano del Woodrow Wilson Center para estudiar el tema «Building and Structure of the Latin American Culture (1750-1830)» y en 1982 la beca Guggenheim para organizar una «Historia de la cultura latinoamericana 1810-1900» (Blixen y Barros-Lemez, 1986, pp. 59 y 65). Desde 1977 venía dictando cursos en diversas universidades norteamericanas como profesor visitante (Stanford, Maryland, Princeton), hasta que en 1981 es nombrado profesor titular en Maryland, lo que le permite una instalación más estable (aunque en breve se iba a demostrar igualmente provisoria).

y el populista (1930-1972). Sin embargo, luego de esa introducción general de todo el ciclo revolucionario, Rama decide dedicar el último capítulo en exclusividad al momento de arranque, protagonizado por México y Uruguay, dejando casi todo el siglo xx sin examinar, e incumpliendo también la promesa implícita en el párrafo inicial del libro, cuando describe el fenómeno de la «ciudad latinoamericana» como un «parto de la inteligencia» entre la remodelación de Tenochtitlan y Brasilia, el «más fabuloso sueño de urbe de que han sido capaces los americanos», de la que no vuelve a haber mención. El final abrupto, en el que a partir del análisis de la obra de Mariano Azuela se proyecta en un apretado párrafo el antiintelectualismo del mexicano a las siguientes revoluciones del siglo, es quizás un indicio de la conciencia de Rama de todo lo que quedaba sin resolver.

Es muy conocida la frase de Borges que sostiene que se publica para dejar de corregir. Aunque el escritor argentino nunca estuvo entre los favoritos de Rama, no parece descabellado asumir que esa pudo ser su disposición al dejar en el escritorio de París la versión «definitiva» que esperaba enviar a la editorial. Seguramente no habría dejado de introducir correcciones hasta último momento de haber podido, pero no es imaginable a esa altura del trabajo que pretendiera seguir escribiendo como para llenar estos huecos que señalamos, que deben ser asumidos, entonces, como decisiones que el ensayista tomó a conciencia, en función de una idea general —de eso se trata un *ensayo*— que sin duda queda expuesta y desarrollada con toda claridad.

El poder del nombre

Para comprender los lineamientos básicos de esa idea, así como algunas de las razones de su duradero impacto, conviene no alejarse demasiado de la fórmula que da título al libro. Allí aparece el primer rasgo que lo coloca dentro de la tradición maestra del ensayo: la capacidad de nombrar, de hacer aparecer, mediante el término justo, zonas de la realidad que hasta ese instante no se habían deslindado con nitidez. El historiador chileno Claudio Véliz parece haber advertido al instante la felicidad del hallazgo de Rama: apenas escuchó su exposición en la conferencia de Harvard, en 1980, le dijo: «Eso de la ciudad letrada publícalo ya mismo en algún artículo» (Rama, 2001, p. 140). Al registrar la recomendación en su *Diario*, Rama la interpretó negativamente, como un reflejo mezquino creado por la academia norteamericana, un medio en el que se vive en el temor de «ilegítimas apropiaciones», lo que lleva a eludir los debates empobreciendo la vida intelectual; pero también podría entenderse de modo más simple, como manifestación admirada ante la potencia del nombre. Véliz estaba muy bien preparado para reconocerlo: acababa de publicar *The centralist tradition of Latin America*, un libro que explica la larga duración del centralismo en el continente en los fundamentos burocráticos, racionales y ciudadanos del tipo de asentamiento ibérico, ya que para los conquistadores «la civilización fue única y estrictamente una función de la vida urbana bien ordenada» (Véliz, 1980, p. 225). Siguiendo el relato de Rama sobre aquel encuentro con Véliz, no es difícil imaginarlos comentando con entusiasmo sus respectivas consideraciones sobre los procedimientos hiperlegalistas y «escriturarios» que aplicaban los conquistadores españoles en la fundación de ciudades, establecidos por vez primera en las instrucciones reales de 1513 que ambos exponen con prodigalidad en sus libros. Así que parece lógico que Véliz celebrara los logros de la fórmula de Rama: el modo sintético en que ilumina esas prácticas, haciendo trabajar el papel racionalizador de la ciudad en reciprocidad con el de los intelectuales, que se alimentan mutuamente en el ejercicio del dominio. En efecto, la idea de «ciudad letrada» logra captar tanto la radicalidad del experimento de la Conquista, que puso en práctica en América la razón ordenadora que iba a definir «una nueva época del mundo» (Rama, 2024, p. 61), como la singularidad de este continente, único caso de un imperio creado como una red de ciudades implantadas *ex novo*, garantía de la dominación española durante tres siglos y de la configuración de las naciones independientes desde entonces.

La cadencia insistente del índice del libro que, con una sola excepción, concatena formas categoriales de ciudad —«La ciudad ordenada», «La ciudad letrada», «La ciudad escrituraria», «La ciudad modernizada», «La polis se politiza», «La ciudad revolucionada»—, muestra la deliberación con que Rama buscó potenciar el carácter bifronte, urbano/intelectual de la materia abordada. Se trata de un ejercicio de escritura que traza vinculaciones de contigüidad con dos libros importantes en la elaboración de *La ciudad letrada*, y extremadamente diferentes entre sí: *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, que José Luis Romero había publicado en 1976 y Rama menciona en el *Diario* como una de sus referencias, y *Las ciudades invisibles*, de Ítalo Calvino, que desde su publicación en 1972 venía gozando de enorme repercusión y Rama cita en un pasaje crucial al final del segundo capítulo. El libro de Romero proponía desde el título una conjunción equivalente a la de *La*

ciudad letrada, planteando que la actividad reflexiva sobre la realidad que define a la modernidad transcurre en la ciudad y que fue desde ella que se delineó el continente americano. Además, también él había titulado cinco de los siete capítulos con definiciones sucesivas de ciudad destinadas, en este caso, a la identificación de períodos históricos («Las ciudades criollas», «Las ciudades patricias», «Las ciudades burguesas», etcétera). El libro de Calvino, por su parte, ofrecía un catálogo fascinante de metáforas urbanas y, como en el caso del de Romero, su índice muestra una cadencia muy similar a la que iba a proponer *La ciudad letrada*, acentuada por la reiteración, ya que cada título integra una serie que se repite varias veces (aunque, también como Romero, Calvino las conjugue en plural: «Las ciudades y la memoria», «Las ciudades y el deseo», «Las ciudades y los signos», «Las ciudades sutiles», etcétera).

El trazado de estas relaciones no pretende señalar algún tipo de emulación estilística de parte de Rama. Más bien, busca dar cuenta del carácter incierto y necesariamente experimental de la escritura sobre la ciudad, llamada a penetrar la opacidad de un objeto material, social y cultural a la vez, de muy elusiva definición. En el caso de *La ciudad letrada*, todos los recursos para poner de manifiesto la relación de necesidad entre las dos partes de la ecuación están al servicio de un argumento central: la existencia de una élite intelectual que, a lo largo de la historia, usó sus capacidades para legitimar el poder, y de una estructura urbana que, más que el escenario cívico en que esa actividad tomó forma, fue la encarnación misma de la razón moderna que la hizo posible. La ciudad y el mundo letrado funcionan en el libro en una correspondencia por analogía. La ciudad fue creada en América con los instrumentos de la flamante razón que los letrados portaban y mediante la cual ambos organizarán su dominio del continente: el de la ciudad sobre las regiones interiores y el de la letra sobre las culturas orales de los pueblos nativos primero, de los sectores populares más tarde. En ese contexto, el tablero cuadriculado que estructuró las ciudades no solo fue un instrumento privilegiado para convertir un territorio vastísimo y desconocido en un paisaje cultural unitario, sino una puesta en forma de esa racionalidad. Rama propone atender al sostén conceptual del trazado regular, el «principio rector» que descubre en la representación simbólica que solo podían asegurar los signos (los planos, las palabras y la imagen mental que precedía la fundación de cada ciudad), el principio que asegura un «régimen de transmisiones: de lo alto a lo bajo, de España a América, de la cabeza del poder (...) a la conformación física de la ciudad, para que la distribución del espacio urbano asegure y conserve la forma social» (Rama, 2024, p. 67).

Ciudades escritas

La cuestión urbana conectaba a Rama con un tema especialmente candente en aquellos años. Por una parte, las corrientes postestructuralistas a las que estaba muy atento proponían variados ejercicios de especialización de las relaciones sociales, en los que la ciudad suele ser el caso maestro. Por otra, en las últimas dos décadas se venían estableciendo modos culturales de entender la ciudad en Europa y Estados Unidos que estallarían en múltiples perspectivas en los años ochenta. Por poner solo algunos ejemplos emblemáticos, cabe recordar que en 1966 Foucault había propuesto en *Las palabras y las cosas* —libro clave en la inspiración conceptual de *La ciudad letrada*— la noción de «heterotopía», dando señal de largada a lo que se iba a llamar el «giro espacial», un enfoque que recolocó el territorio y la ciudad en la imaginación filosófica, sociológica y hasta geográfica (ya que el ánimo estructuralista había impactado también en la geografía de los años sesenta, descorporeizando su objeto bajo el imperio de la teoría). Asimismo, en 1974 —apenas dos años después de la publicación de *Las ciudades invisibles*—, Georges Perec iba a abrir con *Especies de espacios*, su deslumbrante exploración sobre las relaciones entre escritura y mundo urbano. Y ya casi contemporáneos al libro de Rama, en 1981 y 1982, aparecen *Viena fin de siglo*, de Carl Schorske, y *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, de Marshall Berman, dos títulos que iban a proyectar a los primeros planos del debate cultural el vínculo íntimo entre ciudad y modernidad.

Pero, de modo mucho más directo todavía, el debate urbano venía teniendo una vitalidad extraordinaria en América Latina, al menos desde los cincuenta, cuando las corrientes migratorias del campo a la ciudad que se sucedían desde una década atrás comenzaron a trastocar la tradicional demografía del continente, y su impacto macizo en las ciudades —crecimiento de barriadas miserables, decadencia de los centros históricos, multiplicación de una economía de servicios precarios, etcétera— se instituyó como una de las cuestiones capitales de los programas políticos y uno de los vehículos predilectos para la modernización de las ciencias sociales y, muy poco después, para su radicalización ideológica —un fenómeno que podemos llamar, sin temor al exceso, de *urbanización* del pensamiento social y político.

Es muy significativo que Rama se haya visto impulsado a escribir un ensayo sobre América Latina centrado en la ciudad por la invitación a uno de los escenarios académico-intelectuales más característicos de toda aquella ebullición: los simposios «El proceso de urbanización en las Américas desde sus orígenes hasta nuestros días», que se venían desarrollando bienalmente desde 1966, en el marco de los Congresos Internacionales de Americanistas, y que para 1980 ya habían generado —con el concurso de la editorial de la Sociedad Interamericana de Planificación— una cantera bibliográfica que todavía sobresale dentro de la literatura básica sobre las ciudades de la región.

Desde su primer párrafo —ese que conecta Tenochtitlan con Brasilia en uno de los *tours de force* literarios más espléndidos que haya ofrecido el ensayismo latinoamericano—, *La ciudad letrada* parece buscar conectarse con el ambicioso propósito de los simposios: examinar las ciudades americanas como un fenómeno unitario a lo largo de la historia, «desde sus orígenes hasta nuestros días», precisamente. Ese propósito buscaba legitimar al debate urbano como parte de las ciencias sociales; de hecho, la otra noción fundamental del título de los simposios, «proceso de urbanización», que provenía de los estudios demográficos, ya era un intento de mimetizarse con ellas. Aunque, vale aclarar, solo perspectivas excéntricas como las de Rama o Romero iban a demostrar que estaban en condiciones de cumplir aquella tarea interpretativa propuesta.¹³

El segundo hecho significativo en el origen del libro es que la invitación a ese simposio le haya llegado a Rama de manos de Richard Morse, un protagonista temprano de ese debate, pero, al mismo tiempo, un crítico persistente de las tendencias sociologizantes que dominaban en el modo de interrogar la ciudad, orientado con exclusividad a las demandas de la praxis planificadora. Habiéndose formado en letras e historia en el marco del latinoamericanismo norteamericano, Morse contraponía esas tendencias a la superioridad de un conocimiento humanista respaldado en la producción literaria y cultural más que en las estadísticas y los censos. De hecho, más que una mera carta protocolar, la invitación a Rama es ya una apelación para unirse a su causa:

Tengo en mente [que presentes] un estudio cultural que trate tanto la cultura sofisticada como la popular y trate la ciudad como una matriz sociopolítica. ¿Buenos Aires? ¿Montevideo? ¿Caracas? ¿Estarías interesado si yo consiguiera apartar a mis colegas de su obsesión por las ciencias sociales?¹⁴

La inscripción tardía de Rama en esa causa fue no menos productiva que la de Morse, que llevaba varios años fogueándola, y la de Romero, que tuvo una participación más distante, pero no menos comprometida. Los tres amojonan el ciclo completo del pensamiento urbano latinoamericano que se desarrolló entre mediados de los años cuarenta y finales de los setenta, cuando la idea de «ciudad latinoamericana» —es decir, la convicción de que los problemas de las ciudades latinoamericanas y sus perspectivas de futuro componían un universo unitario apresable en un tipo urbano característico— surgió internacionalmente y se convirtió en imán para una serie de figuras, disciplinas e instituciones que estaban conformando el nuevo mapa intelectual, académico y político de la región. El ciclo reconoce dos grandes momentos: uno inicial, de expansión, cuando el clima de ideas desarrollista lleva a percibir a la ciudad con optimismo, como núcleo activador de la gran empresa de la época, la modernización; y otro de contracción crítica, desde finales de la década del sesenta, cuando el nuevo clima de ideas dependentista lleva a descubrir que la ciudad, lejos de servir como palanca para la transformación, no ha dejado nunca de ser un agente eficaz en la producción y reproducción del poder.

Morse, que acompaña todo el ciclo, logra mantener una distancia escéptica de las posiciones que dominaron en cada uno de esos momentos, preocupado siempre por cuestionar la confianza tecnocrática que advierte en la *forma mentis* que persevera en ambos, la del planificador. Romero y Rama, por su parte, desde colocaciones más alejadas de los núcleos de debate urbano, exponen perspectivas muy representativas de cada uno de los dos momentos del ciclo. De un lado, el optimismo urbano, una actitud que a Romero no le impide, de todos modos, oponerle reparos a sus compañeros de ruta modernizadores, señalándoles que las ciudades podían ser no solo la puerta maestra de ideas y modos de vida capaces de liberar a América Latina del tradicionalismo, sino también monstruosos organismos parasitarios que succionaban la savia vital de sus países; aquí se ve bien la compleja combinación que Romero logra producir entre los talentos opuestos de sus dos referentes intelectuales: Domingo Faustino Sarmiento y Ezequiel Martínez Estrada. Del otro lado, la desconfianza de la

¹³ He analizado la impostación sociodemográfica del debate urbano en esos años (encarnada en la categoría «proceso de urbanización») y la relación peculiar de «compañeros de ruta» que establecieron Rama, Romero y Morse con él, en el último capítulo de *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo xx* (2022). Mucho de lo que se expone en este apartado sigue de cerca los lineamientos allí desarrollados.

¹⁴ Carta de Morse a Rama, 6 de octubre de 1980. Archivo Rama (traducción nuestra).

ciudad, que en Rama alcanzará una nueva cumbre, ya que a las premisas de las teorías del «colonialismo interno», que definen a las grandes ciudades latinoamericanas como eslabones necesarios en la cadena de transmisión de la dependencia desde los centros mundiales al interior de cada país, generando circuitos propios de poder y explotación, *La ciudad letrada* les agregará una denuncia más grave todavía: la de la opresión simbólica de una nueva forma de ver el mundo, en que la ciudad, metamorfoseada con los intelectuales, funciona como foco de irradiación de la razón occidental en tierras *bárbaras*, como mecanismo de la conquista más plena y terminante, ya que no tiene vuelta atrás, la de la cultura.

Los tres, sin embargo, van a ofrecer fórmulas para la definición de la «ciudad latinoamericana» contiguas y complementarias.¹⁵ «Ciudad artificial» es la propuesta por Morse: una definición que subraya el carácter de imposición exógena de ciudades creadas a imagen y semejanza de una lejana burocracia imperial, que funcionan como cabezas de playa para la explotación de las riquezas del interior del continente y su traslado a la metrópoli; un rol que va a crear relaciones paradójales entre la ciudad y el campo, ya que mientras la irradiación centrífuga de poder y hábitos sociales urbaniza al campo, la ciudad queda trastocada por rasgos rurales que retornan centrípetamente, en forma de migraciones, enrareciendo y dando especificidad a la cultura urbana local.¹⁶ «Ciudad ideológica», añade Romero, con una proposición que acentúa el carácter proyectivo del asentamiento urbano en la América española, que se idealiza como programa cerrado de forma previa a cualquier trazado o construcción, en la búsqueda de producir bastiones civilizatorios, una «ciudad baluarte» capaz de plantar fronteras, ya no físicas sino morales (religiosas y raciales), frente al territorio conquistado. Como esa pretensión de inexpugnabilidad era imposible de sostener, la «ciudad ideológica» se irá haciendo «real» a medida que se interpenetren los mundos europeo y americano, en un mestizaje tan inevitable como repudiado (y en esa forzosa duplicidad se cifran los límites cargados de consecuencias de la empresa); mezcla racial y cultural que se volverá la nota dominante de la vida urbana y el signo definitivo de América Latina —un proceso que también expresa las aporías de las relaciones campo-ciudad, ya que el mestizaje puede ser entendido, con Romero, como una de sus manifestaciones— (Romero, 1976). «Ciudad letrada», postula Rama finalmente, enlazando aspectos de las dos fórmulas anteriores en una combinación original que merece cierto detenimiento.

No cabe duda de que algunos de sus componentes provienen de la «ciudad artificial», en especial, el detalle muy morsiano de identificar en la experiencia americana la aplicación invertida de la pauta europea. Mientras que allí las ciudades medievales habían emergido «naturalmente» de la intensificación de los intercambios socioeconómicos de cada región, en América, en cambio, se habían implantado como enclaves «despegados de las necesidades del medio, verdaderos batiscafos», complementa Rama (2024, p. 76). Un marco común que presenta, no obstante, diferencias importantes. Morse distingue en el proceso de formación de las ciudades en el Medioevo dos patrones urbanos, que producirán dos experiencias de modernidad contrastantes: el de la ciudad comercial y burguesa al oeste de los Pirineos (similar al del resto de Europa), y el de la ciudad patrimonial, militar y religiosa que surgió de la experiencia de la Reconquista en España. Este segundo tipo es el que formará la «ciudad latinoamericana», que desde entonces habría constituido —siempre para Morse, que veía esa bifurcación con optimismo— una alternativa civilizatoria como expresión de «otra modernidad» y «otro Occidente».¹⁷ En cambio, Rama presenta sus «batiscafos» como la realización desplazada de una transformación general ocurrida en la cultura europea, el alumbramiento de la modernidad *tout court*, a la que define con Wallerstein y Braudel como capitalista, y con Maravall y Foucault, como barroca. Más que de inversión (a la manera de Morse), sería apropiado aquí hablar de relevo, ya que la más alta expresión de esa transformación se dio para Rama en el orden urbano implantado en América. La ciudad colonial fue así «la primera aplicación sistemática del saber barroco», con sus «rígidos principios: abstracción, racionalización,

¹⁵ No puedo desarrollar aquí un tema crucial en relación a la vigencia de la obra de estos tres autores —y muy especialmente de *La ciudad letrada*—: su lugar doble como emergente del álgido debate urbano latinoamericano de los años 1950-1970, con el que confluyen en la potencia ideológica, la ambición latinoamericanista y sus perspectivas de larga duración; pero al mismo tiempo, como inspiración del giro cultural en el pensamiento sobre la ciudad que surge en los años ochenta, para el cual estas obras terminarían funcionando como una referencia tan ineludible como incómoda. Vale la pena señalar que bautizamos este nuevo momento como «cultura urbana latinoamericana» a partir, precisamente, del título del libro que surgió del VIII simposio «El proceso de urbanización...», cuyos dos artículos de apertura son «La ciudad letrada», de Rama, y «Ciudades periféricas como arenas culturales», de Morse (Morse y Hardoy, 1985).

¹⁶ Morse formula su caracterización muy temprano, en una breve presentación en el Congreso anual de la American Historical Association de 1956, que por primera vez dedicaba una mesa a las ciudades latinoamericanas del siglo XIX (Morse, 1957).

¹⁷ Morse analizó esa «bifurcación» en diversos estudios de historia urbana. Por ejemplo, «Prolegómenos a la historia urbana latinoamericana», en *Las ciudades latinoamericanas* (1973), pero le dio la mayor amplitud histórica y conceptual en su ensayo *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo* (1982).

sistematización» (2024, p. 73), haciendo posible en el Nuevo Mundo lo que en Europa no pasó del estatuto del sueño, ya que allí el «empecinamiento material» del pasado histórico obstruyó los ideales de cambio (2024, p. 59). Rama se inscribe así en la muy tradicional interpretación del «vacío» americano como territorio de experimentación de la modernidad, entre cuyos logros más plenos coloca la ciudad.

Este partido historiográfico sobre la modernidad coincide más ampliamente con Romero: la «ciudad ideológica» americana es, también para él, el resultado de un cambio de época ocurrido en toda Europa. Pero más que el inicio de la modernidad mundial, Romero lo sitúa como una nueva instancia de declinación del gran logro burgués que le había dado origen, el de la «ciudad gótica» como comuna libre y autónoma, convertida ahora en ciudad dependiente de los nuevos estados centralizados, a la que llama la «ciudad barroca».¹⁸ El término «barroco» es, como se ve, estratégico en las interpretaciones de Romero y Rama, por lo que conviene precisarlo lo más posible.

Romero sigue muy de cerca la tesis de Lewis Mumford (1966), que sustrae el término barroco de sus usos más conspicuos en la historia del arte para convertirlo en expresión de toda una época histórica, a la que, además, hace emerger más temprano de lo habitual, ya en el siglo XVI. Su detonante fue el fortalecimiento del poder en torno de las cortes y los estados que dejó un claro ganador en la secular lucha entre la corona y el municipio, reponiendo la producción rural como centro de la vida económica y, sobre todo, despojando a la ciudad de la «vitalidad comunal» que había caracterizado su emergencia en la Edad Media. Sobre esta caracterización general, Romero enlaza la conquista americana: es esa «ciudad barroca» lo que los europeos trajeron a este continente. Y, para su interpretación, va a enfatizar un rasgo del mundo barroco: la textura social de «ciudad escindida», atravesada por un dualismo paralizante ante la desaparición (en Europa; en América la simple inexistencia) de la pujanza burguesa a favor de los mundos enfrentados de una aristocracia cortesana y las clases populares. De hecho, Romero filia, en una suerte de destino labrado en el origen hidalgo de la ciudad en América, la segregación socio-urbana característica de las ciudades contemporáneas, ofreciéndole al «dualismo tradicional/moderno» que utilizaban como instrumento analítico las ciencias sociales de su tiempo una explicación de mayor densidad histórica —y por eso utiliza la calificación de «barroca» para referirse a la ciudad de América Latina a lo largo de toda su historia.

Rama se apoya en este paisaje socio-urbano para contextualizar su propio dualismo entre la «ciudad letrada» y la «ciudad real», pero lo complementa desde el comienzo del libro con una plataforma conceptual muy específica para definir el barroco:

Ese momento crucial en la cultura de Occidente en que, como ha visto sagazmente Michel Foucault, las palabras comienzan a separarse de las cosas y la triádica conjunción de unas y otras a través de la coyuntura cedió al binarismo de la *Logique* de Port-Royal que teorizaría la independencia del orden de los signos (Rama, 2024, pp. 62-63).¹⁹

Esta es una operación interpretativa clave en el libro, porque el peso principal del juicio sobre la «ciudad letrada» recae sobre ella; y, al mismo tiempo, cuesta precisar su sentido, porque conlleva una serie de presupuestos respecto del cuadro histórico presentado que quedan sin explicitar. En primer lugar, la frase coloca a las ciudades americanas como expresión de una episteme que, para Foucault, encontrará su forma un siglo más tarde de la Conquista (y hasta un siglo y medio, si se toma en cuenta, como hace Rama, a Port Royal como su mejor medida).²⁰ También Maravall sitúa de un modo convencional la aparición de la «cultura barroca» en el siglo XVII, aunque, como Mumford, también escoge no tomarla en su acepción estilística, sino como la estructura histórica de la Europa racionalista e ilustrada.²¹

¹⁸ Ver Romero (1976), especialmente el capítulo «Latinoamérica en la expansión europea». La exposición más ordenada de esta caracterización la hizo Romero en una serie de conferencias reunidas bajo el título «De la ciudad gótica a la ciudad barroca», en el libro *La ciudad occidental. Culturas urbanas en Europa y América* (2009).

¹⁹ Allí Rama cita la primera edición en francés de *Las palabras y las cosas*, de 1966.

²⁰ Ya Roberto González Echevarría realizó un señalamiento análogo en relación al vínculo establecido por Rama entre el damero urbano americano y las matemáticas de Descartes, cuyo *Discurso del Método* es de 1637, un siglo después de la fundación de las ciudades en América; ver González Echevarría (2001, p. 87).

²¹ Sigo la interpretación de *La cultura del barroco* que realiza Dorby (2009). Es interesante que, aunque no comparte su periodización, Maravall toma algunas definiciones clave sobre la época barroca de Mumford, como el dominio absoluto del estado monárquico o el riguroso manejo de las multitudes. Lo mismo ocurre en el tema de la ciudad, cuando plantea la antinomia entre un Renacimiento «ciudadano» y un barroco «urbano», dándole a esta palabra un sentido inferior, de «vida administrativa y anónima»; ver Maravall (1975, p. 225).

Como puede verse, Rama toma dos decisiones aquí: unifica la noción de «barroco» con aquello que «los franceses definen como la ‘época clásica’» (2024, p. 62), como él mismo se preocupa en aclarar, y hace retroceder ese «barroco» hacia la periodización que le provee Romero, encuadrando toda la empresa de la Conquista desde el siglo XVI como un experimento de la modernidad europea. Pero esto lleva implícita una decisión previa, de grandes consecuencias: Rama era muy consciente, por supuesto, de la densa tradición interpretativa de la noción de *barroco* en el pensamiento americanista, como *expresión* (el término es el utilizado en un célebre título de José Lezama Lima) de una identidad local, impura, mestiza. Lejos de toda idea de sincretismo, en cambio, el barroco de *La ciudad letrada* es el modo del dominio de una cultura ajena que impuso sus rígidos principios de abstracción y racionalización «oponiéndose a particularidad, imaginación, invención local» (Rama, 2024, pp. 72-73).

Se ha escrito mucho —y con buenos fundamentos— sobre la gravitación de *Las palabras y las cosas* en la configuración de las tesis de *La ciudad letrada*. Pero no se ha solido ver que se trata de una confluencia de estímulos: el imaginario foucaultiano funciona en tanto se aplica sobre la idea de «ciudad ideológica» de Romero y se potencia con ella. Es justamente allí donde *La ciudad letrada* alcanza su especial originalidad: el hallazgo de que la definición de la episteme clásico-barroca de Foucault permitía dar un giro a la interpretación sobre la urbanización americana y, por su intermedio, sobre la empresa de conquista en su conjunto, otorgándole un nuevo carácter ejemplar de escala global.

Rama disponía de otras fuentes sobre la urbanización americana, claro está, para apoyar su giro interpretativo. Solo por mencionar una muy evidente, por la familiaridad que tenía con su autor, el famoso capítulo de *Raíces del Brasil*, en que Sergio Buarque de Holanda había definido, ya en 1936, el espíritu racional y moderno de los *ladrilhadores* castellanos, su obsesión por el orden en la construcción de ciudades que buscaban prolongar orgánicamente la cultura europea.²² Quizás el hecho de que Buarque pusiera el acento en el contraste con el espíritu aventurero y el realismo adaptativo de los *semeadores* portugueses, permita entender la ausencia de esta referencia en *La ciudad letrada*, que parece indiferente a esa divisoria mental entre los dos imperios colonizadores. Lo cierto es que la pregunta por los orígenes de la forma urbana americana se había renovado en el debate historiográfico desde los años cincuenta, y el libro de Romero logra producir el efecto de una síntesis definitiva que Rama parece haber considerado suficiente.

Una hipótesis de lectura

Poner en el centro del análisis el factor urbano de la ecuación «ciudad letrada» permite ver las afinidades del libro dentro de constelaciones intelectuales parcialmente desplazadas de los marcos de comprensión en que ha sido incluido con mayor frecuencia: los de los estudios literarios propiamente dichos. Es un modo de subrayar su singularidad, su legítima pertenencia a otras dimensiones de la cultura latinoamericana que enriquecen su comprensión. Pero tiene también una limitación: lleva a concentrarse de modo casi excluyente en el encuadre general de Rama que se desarrolla en los primeros capítulos, ratificando así una impresión extendida, la de que la primera mitad del libro es la más lograda. No solo porque, como ya señalamos, son los capítulos que se beneficiaron de un mayor tiempo de elaboración, sino porque el período que abordan —los siglos coloniales— es el que mejor se acomoda a la tesis más potente y original del libro, la de la conjunción simbiótica de ciudad e intelectuales en la imposición de una nueva episteme que organizó el dominio de América con una eficacia invulnerable.

Una de las principales críticas que se le han hecho al libro apunta, justamente, a esa eficacia y, en especial, a su prolongación en el tiempo, que llevan a una visión monolítica de los intelectuales uniformizando, bajo el perfil del letrado colonial, quinientos años de historia social, política y cultural a través de los cuales la figura del intelectual reconoció enormes variaciones, no siempre jugando el rol unívoco de agente del poder.²³

²² El capítulo se llama «O sembrador e o ladrilhador» y ha sido traducido como «El sembrador y el constructor»: ver Buarque de Holanda (2016). Marcela Croce ha buscado un diálogo implícito entre *Raíces del Brasil* y *La ciudad letrada*; ver Croce (2015, pp. 211-213).

²³ Respecto de estos temas, *La ciudad letrada* ha recibido críticas de figuras centrales de los estudios literarios latinoamericanos, como Rolena Adorno, Mabel Moraña y Julio Ramos, entre muchos otros. No nos ha parecido necesario realizar aquí un recuento pormenorizado de ellas por encontrarse a disposición una serie de excelentes trabajos que siguen la ya larga historia de las lecturas y las controversias que generó. Ver, por ejemplo, Colombi (2006), Fernández Bravo (2006) y Gómez (2019, pp. 393-398).

Para el libro, en cambio, la ciudadela que conforma la ciudad letrada como «anillo protector del poder» parece subsistir casi idéntica a sí misma, resistiendo —mediante continuas metamorfosis— a las diferentes pruebas a las que va a someterla, sucesivamente, la Independencia, la modernización y las revoluciones.

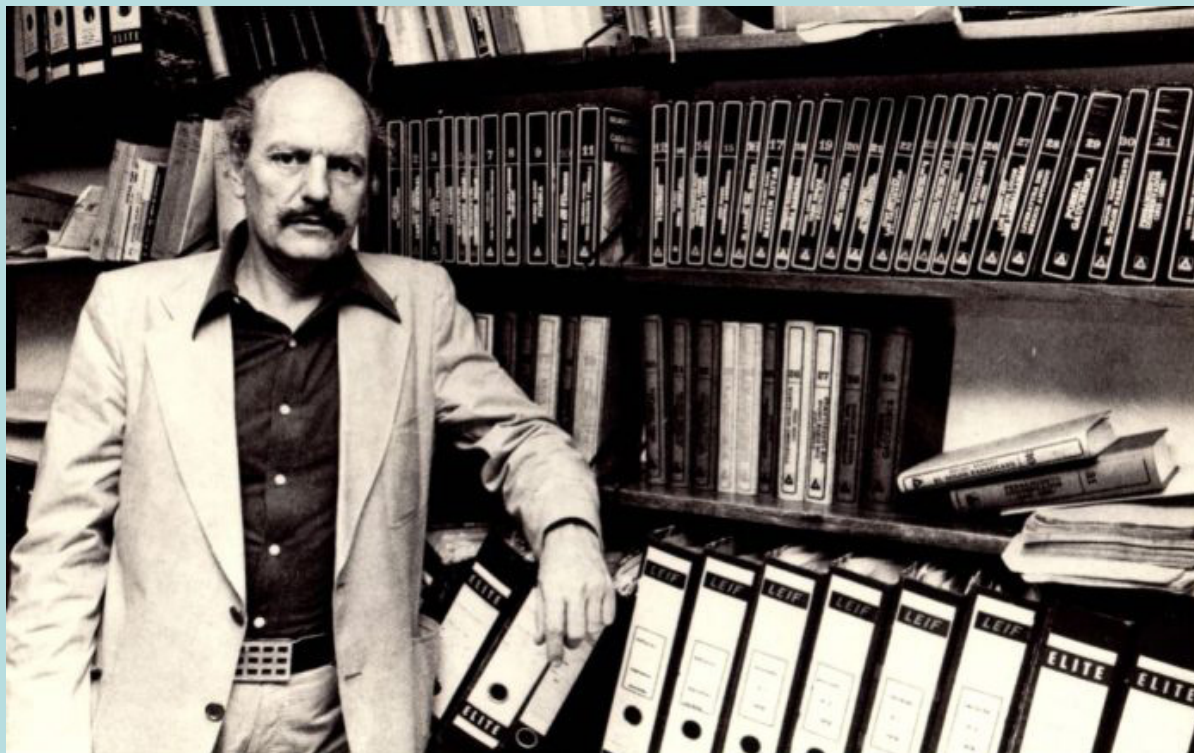


Fig. 2. Ángel Rama en Caracas. Fuente anaforas.fic.edu.uy

Sin embargo, creemos que es posible tentar otra hipótesis de lectura: es tal la contundencia de la tesis inicial y su capacidad para proyectarse sobre el conjunto del libro más allá del período al que se amolda mejor, que se han subestimado algunas variaciones importantes que Rama introduce en los últimos capítulos. O, mejor, la fuerza envolvente de los primeros capítulos ha convertido a los últimos en una expresión rebajada, menos coherente y más porosa, pero expresión al fin de una misma y única tesis, dificultando la apreciación de las modulaciones historiográficas y críticas. De tal modo, cuando se ha señalado que *La ciudad letrada* supuso en la trayectoria de Rama un cambio radical de perspectiva, ya que en sus obras anteriores el intelectual podía aparecer no solo como parte de una casta que ejercita el dominio sobre su sociedad, sino también como un «genial tejedor en el vasto taller histórico de la sociedad americana» (Rama, 1982, p. 19), tal vez no se estaba prestando atención al modo en que ambos roles se siguen haciendo presentes, aunque son distribuidos en el libro en períodos diferentes.²⁴

Precisemos, primero, algunas hipótesis provechosas sobre el tratamiento del período colonial. Beatriz Colombi mostró que el «modelo subyacente» para este fue México. Continuando una opinión asentada sobre la singularidad de la cultura mexicana —que Colombi ejemplifica con una cita de Pedro Henríquez Ureña sobre la «tradición larga, perdurable, nunca rota» que vuelve a México un país único en el Nuevo Mundo—, Rama habría utilizado el equipo intelectual novohispano y su blindaje compacto en el poder a la manera de «caso testigo» para proyectar «como *exempla* en toda América Latina», algo que se comprueba cuando se ven los casos principales en que apoya su argumentación, como Sigüenza y Góngora, Sor Juana o Fernández de Lizardi (Colombi, 2006, p. 3).

²⁴ Claudia Gilman planteó esa crítica de modo muy expresivo: «Un lector habituado a la insistente definición del intelectual que Ángel Rama formula desde las páginas del semanario *Marcha* en la década de 1960, podría pensar que *La ciudad letrada* es un libro cuya autoría ha sido erróneamente atribuida al crítico uruguayo. (...) En efecto, quien repitiera en varias ocasiones que el intelectual es el único capaz de operar la palingenesia de la sociedad, se aboca, en *La ciudad letrada*, a vincular fuertemente la figura del letrado con una doble posesión (saber y poder) que lo convierte en una figura que reproduce toda forma de dominación, en cualquier período histórico que se considere» (2006, p. 157). Debo aclarar que en mis aproximaciones previas a *La ciudad letrada* tampoco había percibido la radicalidad del cambio en los últimos capítulos, descuido que espero reparar ahora.

Facundo Gómez, por su parte, ha permitido situar la inmersión de Rama en el estudio del México virreinal en los archivos norteamericanos hacia finales de los años setenta —una inmersión que comenzó por la búsqueda de manuscritos para la Biblioteca Ayacucho pero lo llevó a una revalorización intrínseca de la cultura colonial—, colocando ese trabajo de pesquisa en el origen mismo de las tesis de *La ciudad letrada* y, podemos agregar, en la composición de su núcleo más temprano y más sólido, el que toma forma en su ponencia de 1982.²⁵

Finalmente, Miguel Martínez, avanzando sobre intuiciones de Colombi, ha mostrado el papel clave que debe atribuirse a un artículo de 1980 en el que, a propósito del teatro de González de Eslava en el siglo XVI mexicano, Rama va a desarrollar su visión más elaborada de lo que luego, en *La ciudad letrada*, aparece solo fantasmáticamente como la «ciudad real», es decir, la contraparte necesaria —pero nunca realizada en ejemplos— de la «ciudad letrada». En el artículo de 1980, en cambio, el sujeto colectivo que esta busca ordenar y reprimir se hace presente de modo desbordante, a través de los usos de la lengua popular en las obras de González de Eslava, como el «grupo intersticial» formado por mestizos, indios sueltos, criollos pobres, y muy especialmente mulatos y negros libres, cuya plasticidad permitiría «asaltar la cultura de la conquista tratando de apropiársela mediante desarticulación, robo, fractura o fraudulenta adaptación» (Martínez, 2023, p. 6), constituyendo a ese «bajo pueblo» en agente principal en la adaptación regional de la lengua castellan a y en la producción de la cultura mexicana.²⁶

Si nos quedamos en la dinámica cultural de los siglos coloniales, entonces, es posible entender cabalmente la lógica con que Rama produce el núcleo de su interpretación sobre la sujeción al poder del mundo letrado, e incluso complejizarlo con su complemento asordinado en el libro, esa «ciudad real» que presenta «la sociedad como un todo», dominada pero rebelde, subalterna pero no impotente ante el «elenco intelectual dirigente» que conforma el «cogollo culto» de la «ciudad letrada» (Rama, 2024, pp. 98 y 183). Pero todavía falta un movimiento si queremos comprender en toda su amplitud la visión de Rama sobre el devenir histórico de esa oposición, que no es tan monolítica como muchos habíamos pensado, por ende, que no contradice los juicios menos apodícticos sobre los intelectuales que aparecen en otros trabajos de Rama. Esto es muy claro en el último capítulo, donde el panorama que se presenta de las transformaciones del equipo intelectual a comienzos del siglo XX, en el marco de una inédita centralidad de la cultura popular, supone ya una inversión completa de aquella connivencia colonial entre letra y poder. Y si México era su «caso testigo», será el Río de la Plata el arquetipo de lo nuevo, el escenario de sus modalidades más radicales y completas.

Es cierto, como también señaló Colombi (2006), que más que desplazar completamente a México de su lugar ejemplar, al llegar el momento modernizador Rama produce un modelo de dos polos, sumando al Río de la Plata; pero es necesario destacar que no se trata de una relación especular, sino entre opuestos, ya que cada vez que aparecen ambas experiencias frente a frente es para resaltar su contraste, los modelos antitéticos del «tradicional elitismo intelectual» del país del norte frente a la «mayor plasticidad del grupo intelectual» en el sur (Rama, 2024, pp. 217-218). De esta región Rama extrae los ejemplos de la «evolución gradual» hacia la democratización del campo cultural. Y si bien el libro termina con la figura de escritor en la Revolución mexicana, esas últimas páginas se abren con una clara distinción del caso, por «la esquivia democratización vivida en el país durante la modernización», frente a la experiencia de «los colegas del sur» (Rama, 2024, p. 233), con cuyo ejemplo acababa de definir —en un crescendo entusiasta sobre las transformaciones democratizadoras a las que dedica el cuerpo central del capítulo— los tres rasgos del nuevo elenco intelectual desde finales del siglo XIX: incorporación de doctrinas sociales (anarquismo, feminismo, socialismo), autodidactismo y profesionalismo.

La coyuntura que se genera a comienzos del siglo XX en el Río de la Plata, para Rama, combina la doble ampliación de la dirigencia política y de los equipos intelectuales hacia los sectores bajos y recientemente educados de la sociedad, lo que lleva a una incorporación de sus «ideas, valores y sensibilidades» (Rama, 2024, p. 209); una combinación que hizo posible que la fórmula «educación popular + nacionalismo», que había sido proclamada con estruendo a lo largo de todo el siglo XIX, tuviera por fin «real encarnación» y apoyo gubernamental (Rama, 2024, p. 205).

El modo en que Rama enumera las transformaciones político-intelectuales mantiene siempre la distancia crítica con que se ponderan hechos complejos y polivalentes, más allá de sus efectos en «la politización

²⁵ Ver Gómez (2019), especialmente el capítulo «Historia cultural, reelaboraciones y proyectos (1979-1983)».

²⁶ Martínez señala con justeza que el término «plasticidad cultural», aplicado aquí al «grupo intersticial» de la ciudad colonial, remite claramente a la idea de transculturación que Rama venía trabajando para comprender el regionalismo del siglo XX.

democrática de las bases» (Rama, 2024, p. 209). Y no es secundario señalar que, en el caso de Uruguay, está volviendo sobre una herencia especialmente compleja para él, la de los gobiernos de José Batlle y Ordóñez de comienzos del siglo xx, el *batllismo*, que si por una parte Rama debió reconocer con gratitud como suelo de la sociedad moderna, integrada y altamente educada en la que se formó, al mismo tiempo fue el blanco predilecto de las críticas de su generación, que se constituyó como tal en el mismo gesto de señalar la crisis terminal a la que la obstinación modernizadora y urbana de aquel movimiento ideológico había conducido.²⁷ Más allá de esa distancia lógica, la descripción del universo cultural emergente no logra, en cambio, ocultar el fervor por la realidad de las multitudes urbanas que son su condición necesaria, con la explosión del tango, el teatro criollo, el folletín nacional, el periódico costumbrista, las editoriales populares, expresando y representando la ampliación del público lector y a los flamantes grupos intelectuales, preocupados ahora por una comunicación directa con ese público sin la orientación ni el condicionamiento del poder. Todo lo que genera el «primer circuito de comunicación autónoma en el cual florecería, más tarde, el pensamiento crítico» —formulación en la que podría verse una referencia bastante directa a la propia camada intelectual de Rama, bautizada por él como «generación crítica» (2024, p. 226).²⁸

No cabe duda de que el siglo xix ocupa un lugar ingrato en el libro, lastrado por la persistencia frustrante de la dinámica colonial: cada intento por ampliar o cuestionar la «ciudad letrada» parece apenas servir como demostración de sus aptitudes para la adaptación, cuando no del oportunismo de las sucesivas renovaciones intelectuales que se conforman con su incorporación a la ciudadela criticada, ampliando poco sus bases de sustentación a cambio de abandonar los cuestionamientos de fondo. En oposición, la nueva cultura «vulgar, masiva, crecientemente urbana» del novecientos en el Río de la Plata ha logrado producir una atmósfera muy diferente —y vale la pena subrayar: *crecientemente urbana*, porque los cambios en los roles de la ciudad en esta nueva coyuntura cultural son categóricos—, que habría obligado, en el caso de avanzar el argumento sobre el siglo xx, a una modificación sustantiva de los contenidos asignados hasta allí a la fórmula «ciudad letrada» (2024, p. 206).

Quizás esto permita volver a pensar en el carácter anómalo del último capítulo que mencionamos al comienzo, especialmente la promesa incumplida de tratar el siglo xx con mayor amplitud: ¿cómo seguir la argumentación ante esta irrupción que todo lo trastoca, tanto por la nueva ciudad popular como por los elencos intelectuales que provienen de ella? Son dos historias, visto así, las que se truncaron en ese capítulo: la de las revoluciones propiamente dichas, en sus intrincadas relaciones con la vida intelectual (que Rama experimentó tan dramáticamente en el caso cubano), y la de la cultura urbana democratizada. Y así como el artículo sobre el teatro de González de Esclava permitió complementar la figura de «ciudad real» como contraparte colonial de la «letrada» para los primeros capítulos, podría ser muy instructivo entender esa cultura urbana naciente a la luz de *Las máscaras democráticas del modernismo*, el otro libro póstumo de Rama.

Ya señalamos una diferencia fundamental entre los dos libros: la versión que leemos de *La ciudad letrada* es la que el propio Rama dio por concluida, mientras que *Las máscaras democráticas del modernismo* es el resultado de la organización póstuma de materiales dispersos en los que venía trabajando y no llegó a terminar.²⁹ De todas maneras, su elaboración es contemporánea y permite captar bien algunos aspectos de la posición de Rama que *La ciudad letrada* apenas deja insinuar. Me refiero especialmente al movimiento, lleno de contradicciones e indecisiones aquí, de proyectar la relación necesaria entre modernización y democratización de la cultura y la vida intelectual desde el comienzo del siglo xx hacia atrás, hacia el inicio mismo del proceso de modernización en la década de 1870, relación de la que el modernismo literario aparece en *Las máscaras democráticas...* como caso ejemplar, y nuevamente en el Río de la Plata.

El libro puede entenderse no solo como la reunión de aproximaciones algo heteróclitas al modernismo, ese tema capital de la cultura latinoamericana al que Rama dedicó cantidad de trabajos, sino también como el ambicioso intento de realizar un estudio del efecto de la modernización en el imaginario social de la región

²⁷ Para ubicar a Rama en la peculiar emergencia montevideana de su generación, ver Espeche (2016). Una de las referencias autobiográficas más conocidas de Rama se encuentra en el prólogo a *La novela en América Latina* (1986), fechado en 1982, cuando, parafraseando a Graham Greene, sostiene: «Uruguay made me».

²⁸ La generación de Rama tuvo dos bautismos, a cargo de dos de sus miembros más connotados, que llevaron su célebre rivalidad hasta ese plano: Emir Rodríguez Monegal la llamó «la generación del 45» y Rama, «la generación crítica». Sobre la relación entre ambas figuras, ver los textos de Claudia Gilman y Pablo Rocca ya citados. La versión de Rama, en *La generación crítica (1939-1969)* (1972).

²⁹ En 2021 la editorial Mimesis, de Santiago de Chile, realizó la primera reedición al cuidado de Hugo Herrera Pardo, quien también se ocupó de un importante estudio introductorio en el que se filia la variedad de materiales que lo componen.

(Rama, 1985, p. 101). El título mismo plantea el terreno ideológicamente escabroso que ese proceso supone para Rama: la idea de «máscaras democráticas» la toma de Nietzsche, manteniendo la ambigüedad de su «agudeza libertaria» (1985, p. 80) y su aristocratismo antiburgués, una posición filosófica significativamente próxima del objeto que busca aprehender.³⁰ En el uso que le da Nietzsche es muy transparente la reacción antiilustrada a la idea de «representación», sustancial en la democracia moderna. Conviene tener presente que toda la polémica vanguardista contra el «baile de máscaras» de los eclecticismos finiseculares tiene en común esa base filosófica que erosionó por décadas cualquier operatividad progresista de la noción de «espacio público», tan cara a la Ilustración. Rama comparte esa desconfianza, haciendo muchas veces el pasaje de disfraz a impostura, utilizando un tono zumbón al exponer las contradicciones entre sus usos metropolitanos y la «limitación aldeana» local (1985, p. 89), ante la inexistencia de los procesos estructurales que habían generado los modelos europeos que se emulaban (sumando, a la aprensión nietzschiana, un determinismo marxista-dependentista). Pero, por momentos, vacila, valorando también en los jóvenes modernistas sus destrezas de «avezados comediantes» para desempeñarse en un mundo urbano transfigurado, en el que ya no puede saberse qué lugar ocupa cada quién (1985, p. 152). Esta zona filosófico-ideológica fundamental en *Las máscaras democráticas del modernismo* vuelve difícil advertir su estricta contemporaneidad con el debate internacional sobre el «espacio público» que, a partir de la relectura de los textos de Hannah Arendt y Jürgen Habermas, comenzaba a reorganizar el tratamiento de la cuestión democrática sobre bases por entero diferentes, produciendo una transformación central de la teoría política en los años ochenta bajo el doble influjo de la crisis del mundo soviético en Europa oriental y las transiciones democráticas en América del Sur. Un libro como *El declive del hombre público*, publicado por Richard Sennett en 1977 y traducido al castellano al año siguiente, es un buen ejemplo de las proyecciones de ese debate sobre el análisis de la vida intelectual y artística, las sensibilidades y la cultura urbana, desmontando la larga condena romántica —tras el afán de la «autenticidad»— a las nociones de «máscara» y «representación», a la que parece seguir apegado el libro de Rama.

Sin embargo, la carga adversativa con que esas nociones son introducidas en *Las máscaras democráticas del modernismo* vuelve todavía más sorprendente la valoración inequívocamente positiva que se le da a todo lo largo del libro al «fenómeno democratizador» en la historia cultural latinoamericana. Ciertamente, Rama ve la democratización como una consecuencia casi mecánica de la modernización: un fenómeno doble que habría encontrado sus expresiones «óptimas» en las «regiones más dinámicas», las del sur del continente, que aquí se amplía del Río de la Plata a toda la cadena de ciudades formada por Río de Janeiro, San Pablo, Montevideo, Buenos Aires, Rosario y Santiago de Chile (Rama, 1985, p. 18). A partir de allí, y ya librado de cualquier mecanicismo, el modernismo es presentado como ejemplo de un movimiento literario que gana su originalidad a través de una inmersión profunda en la lengua popular y cotidiana de cada cultura urbana. La oralidad del bajo pueblo deja de introducirse clandestinamente por las grietas de la «ciudad letrada» y se convierte en el fundamento mismo de su más elevada expresión literaria. Y si su juicio es muy claro sobre los efectos democratizadores del proceso, llevado adelante por una camada de escritores que se hace fuerte en la asunción de sus aspectos utilitarios y «fenicios» criticados por los intelectuales mayores, lo es todavía más cuando se ocupa de la «cruzada antiutilitarista» de estos, formados «en las tradiciones aristocráticas de la cultura» que, a pesar de la revolución emancipadora, «constituían el baluarte del núcleo intelectual de la vieja “ciudad letrada” colonial que seguía persistiendo» (Rama, 1985, pp. 16-18).

Entonces, frente a los usos oscilantes de la idea de «máscara», la apelación al adjetivo «democrática» con que se la connota en el título es unívoca, al punto de que Facundo Gómez ha podido sugerir una interpretación para el libro que va en la misma dirección: como «un respaldo afectuoso para las nuevas generaciones intelectuales del Cono Sur», con la expectativa de que la apertura democrática que comenzaba en Argentina a fines de 1983 se contagiara pronto al Uruguay (Gómez, 2022, p. 40).³¹ Del mismo modo, el rol del modernismo como ariete democratizador que expande y legitima culturalmente los efectos disruptivos de la modernización, descentrando la vida intelectual hacia la multiplicidad de las sociedades populares en formación, no deja dudas.

Por fin, quizás sea posible desde esa certeza resignificar el «Agradecimiento» de *La ciudad letrada*: ver el homenaje que rinde «a la independencia crítica de profesores, escritores y estudiantes», ya no como una anomalía dentro de «la letrada servidumbre del poder» cuya denuncia forma el esqueleto programático del libro, sino como un gesto coherente con la «amplia democratización de las funciones intelectuales» con que Rama lo hace rematar en el comienzo del siglo xx en el Río de la Plata (2024, p. 57). No se malinterprete: no se trata

³⁰ Rama desarrolla el argumento en el capítulo III: «La guardarropía histórica de la sociedad burguesa».

³¹ Para ello, Gómez se apoya en la dedicatoria de Rama a colegas jóvenes uruguayos y argentinos.

aquí de establecer el mayor o menor acierto historiográfico de ese remate menos aciago ni, viceversa, rehabilitar por su intermedio la validez de la invectiva antiintelectual y antiurbana que se despliega compacta hasta allí. Simplemente se busca señalar que, tal vez, el montevideano Rama haya logrado encontrar en el pasado de las ciudades cosmopolitas y tumultuosas de su región —es decir, en su «historia familiar (...) cuasi biografía» (2024, p. 168), como admite al comenzar el capítulo «La polis se politiza»— los elementos que le permitieron introducir una discontinuidad radical, abriendo el final del libro a un siglo xx mucho más receptivo para el tipo de figuras de intelectual crítico que pueblan sus trabajos: el escritor apegado a su tiempo y a su sociedad, el emergente de la cultura popular, el vanguardista comprometido, el transculturador, el regionalista, el exiliado.

Referencias bibliográficas

- Blixen C., y Barros-Lemez, Á. (1986). *Cronología y bibliografía de Ángel Rama*. Montevideo: Fundación Ángel Rama.
- Buarque de Holanda, S. (2016). *Raíces del Brasil* [1936] (con traducción de Álvaro Fernández Bravo y estudio crítico de Pedro Meira Monteiro). Buenos Aires: Corregidor.
- Croce, M. (2015). *La seducción de lo diverso*. Buenos Aires: Interzona.
- Colombi, B. (2006). La gesta del letrado (sobre Ángel Rama y *La ciudad letrada*). *Orbis Tertius. Revista de teoría y crítica literaria*, 11(12). https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv11n12a03/pdf_74
- Dobry, E. (2009). Barroco y modernidad: de Maravall a Lezama Lima. *Orbis Tertius. Revista de teoría y crítica literaria*, 14(15). https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv14n15a02/pdf_368
- Espeche, X. (2010). *Marcha del Uruguay: Hacia América Latina por el Río de la Plata*. En C. Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. II (pp. 211-234). Buenos Aires: Katz.
- Espeche, X. (2016). *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo xx*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Fernández Bravo, Á. (2006). La provocación de *La ciudad letrada*. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, (10), 185-189. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=387036781014>
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Gilman, C. (2006). «América latina, ciudad, voz y letra». *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 10(2), 157-162. https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Gilman_prismas10
- Gilman, C. (2011). Enredos y desenredos de Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal. *Nuevo Texto Crítico*, 24(1), 69-92. <https://dx.doi.org/10.1353/ntc.2011.0026>.
- Goerlik, A. (2022). *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo xx*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Gómez, F. (2019). *Por una crítica latinoamericanista: la praxis intelectual de Ángel Rama*. [Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires].
- Gómez, F. (2022). Ángel Rama y su última vuelta sobre el modernismo: reedición y revisión de un clásico latinoamericano. *Reseñas CeLeHis. Boletín del Centro de Letras Hispanoamericanas*, 9(25), 35-41. <https://fh.mdpu.edu.ar/revistas/index.php/rescelehis/article/view/6167>
- González Echevarría, R. (2001). *Mito y archivo. Una teoría de la literatura latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Maravall, J. A. (1975). *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*. Barcelona: Ariel.
- Martínez, M. (2023). Ángel Rama contra la ciudad letrada: prehistoria de un concepto. *Latin American Research Review*, 59(3), 535-552. <http://doi:10.1017/lar.2023.71>
- Morse, R. (1957). La ciudad «artificial». *Revista Estudios Americanos*, 13(67-68).
- Morse, R. (1973). *Las ciudades latinoamericanas*. México: SepSetentas.
- Morse, R. (1982). *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*. México: Siglo XXI Editores.
- Morse, R. y Hardoy, J. E. (comps.) (1985). *Cultura urbana latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.
- Mumford, L. (1966). *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas* [1961] Buenos Aires: Ediciones Infinito.
- Rama, Á. (1972). *La generación crítica (1939-1969)*. Montevideo: Arca.
- Rama, Á. (1978). La riesgosa navegación del escritor exiliado. *Nueva Sociedad*, (35), 5-15. <https://www.nuso.org/articulo/la-riesgosa-navegacion-del-escriptor-exiliado/>

- Rama, Á. (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Rama, Á. (1985). *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama.
- Rama, Á. (1985b). La ciudad letrada. En R. Morse, y J. E. Hardoy (comps.), *Cultura urbana latinoamericana*, (pp. 11-37). Buenos Aires: CLACSO.
- Rama, Á. (1986). *La novela en América Latina*. México: Universidad Veracruzana.
- Rama, Á. (2001). *Diario 1974-1983* (Prólogo, edición y notas de Rosario Peyrou). Montevideo: Trilce.
- Rama, Á. (2023). *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983* (edición de Amparo Rama; selección y notas de Rosario Peyrou y Amparo Rama; textos introductorios de Rosario Peyrou y Beatriz Sarlo). Montevideo: Estuario.
- Rama, A. (2024). *La ciudad letrada. Un ensayo* [1984]. Barcelona: Trampa Ediciones.
- Roca, P. (2006). *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: dos caras de un proyecto latinoamericanista*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Roca, P. (2016). *Un proyecto latinoamericano. Antonio Candido y Ángel Rama, correspondencia*. Montevideo: Estuario.
- Romero, J. L. (1976). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Romero, J. L. (2009). *La ciudad occidental. Culturas urbanas en Europa y América* (Laura Muriel Horlent Romero y Luis Alberto Romero, eds.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Véliz, C. (1980). *The Centralist Tradition of Latin America*. Princeton: Princeton University Press.